

MENCIÓN HONORÍFICA

LA BRECHA IDEOLÓGICA EN LA DEMOCRACIA, LA SEGREGACIÓN Y LA ANULACIÓN DE LA OTREDAD

Emmanuel Velásquez Luna

Introducción

Democracia e ideología son dos conceptos que han estado de la mano desde tiempos inmemorables, tanto que han pasado por la pluma de grandes filósofos encargados de la política, la economía y la sociología, Engels y Marx, quienes en *La ideología alemana* bordean por primera vez en el desarrollo de este tema y dejan ver cómo los ciudadanos de algún lugar están delimitados por ideas que tienen que reproducir con sus actos. Por su parte, Louis Althusser utiliza las ideas del psicoanálisis de Jacques Lacan y, basado en la teoría crítica de Adorno y Horkheimer, así como en el marxismo tradicional, da un paso a la construcción del concepto de ideología al ponerlo como un efecto del lenguaje.

Aunque estos pensadores corresponden a los siglos XIX al XX, sus estudios no se limitan solo al hecho de su socie-

dad, sino a un modo arquetípico en que se pueden generar las diversas interacciones sociopolíticas, en el cual entra el concepto de democracia y de Gobiernos.

No solamente el marxismo y el estructuralismo francés han aportado a estas investigaciones, pues se pueden sumar autores más contemporáneos como Michel Foucault, Slavoj Žižek o Alain Badiou, así como pensadores de hoy en día y más cercanos a los modos de vida de Latinoamérica como David Pavón o Jorge Alemán, quienes sostienen que existen aparatos discursivos que modifican y mueven la forma de interrelación humana.

Así pues, pensar en la democracia de Occidente es pensar en una forma discursiva de delimitación de la realidad, es decir, la construcción histórica de lo que hoy llamamos democracia occidental, o siendo más específicos, la democracia latinoamericana está bordeada por un sistema operatorio de constitución y limitación discursiva, es decir, la *ideología*.

La construcción de la ideología a partir de estas relaciones que se han esbozado levemente permite pensar los modos de relación de los actores políticos —entendidos como todos aquellos que están por dentro del conjunto de la sociedad actual— solo a partir de una lógica del discurso, de manera más abstracta, de una estructura general del lenguaje.

Las condiciones de existencia del sujeto en la política están enmarcadas por el lenguaje, por ello en un primer momento del presente ensayo se hablará de este sistema como pieza nodal de las relaciones que hemos de llamar humanas. Más aún, y lo que dará continuidad al texto, lo que lleva a pensar en el lugar de las *ideologías* como modos determinantes de las construcciones de pensamiento en tanto la forma en que se hace la democracia.

Tanto *lenguaje* como *ideología* permiten hacer un análisis de las estructuras generales de la forma de hacer de-

mocracia en las sociedades occidentales y específicamente en Latinoamérica. Son estos dos conceptos claves, un tanto olvidados por los filósofos y politólogos actuales, que nos pueden llevar a un par de conceptos aparentemente dicotómicos —y se dice *aparente*, porque en realidad pertenecen a un mismo conjunto— como lo son *sujeto* y *otredad*.

Sujeto y otredad serán perfilados desde la postura crítica del psicoanálisis, específicamente desde Jacques Lacan como de varios otros, quienes han hecho aportaciones importantes al campo de la sociedad y la cultura, al pensar los aconteceres políticos y sociales. Desde esta postura se sostiene un nuevo sujeto —se dice *nuevo* dada su diferencia con el sujeto de la modernidad cartesiana—, en la cual su devenir está trazado por la interacción con el otro y no sin él, es decir, podría ser uno de los pocos planteamientos que piense al sujeto en una interrelación con el otro, no solamente relacionado, sino en mixtura.

Como tercer apartado, se pensará el discurso hegemónico y las condiciones democráticas que parten de él, bajo el intento de ruptura entre sujeto y otro, situaciones tales que nos han llevado al pensamiento individualista de la posmodernidad, como sostienen filósofos varios, dentro de los que destaca Zygmunt Bauman (2007).

La complejidad se hace presente, puesto que se ha generado culturalmente un mal necesario para sostener la idea democrática hegemónica, lo que ha llevado a la anulación del otro dentro de la inmediatez política y el *todo vale* que se gesta dentro de la forma de elegir y gobernar. A partir de aquí surge una tesis importante: es posible hacer uso del cuerpo de manera radical e incluso perversa para llegar a los fines individualistas de la ideología dominante.

Sin embargo, más que proponer una tesis maniqueísta, en la cual todo es bueno o todo es malo a partir de un grupo selecto de individuos, lo que nos llevaría dialécticamente al

mismo punto de partida del problema. Se necesita esclarecer una profundidad en las relaciones simbólicas que delimitan la ideología, para no caracterizar a un personaje como malvado, sino una fuerza lingüística capaz de sostener toda la realidad, al usar a los actores para poder reproducirse.

Los crímenes de odio, el desprecio, la segregación social y las formas de gobernarse, pueden estar sostenidas por la anulación del otro. Tal es así que la democracia cree sostenerse en una esencia de lo democrático, como un bien en sí, lo que lleva aún más al desplazamiento de las minorías: el matrimonio y la adopción homosexual, leyes que regulen el aborto y el feminicidio, la poca o nula participación política de servidores de origen étnico, entre un largo etcétera. Es decir, el pensar a la democracia como una esencia que genera individuos, y no como un efecto del aparato discursivo sostenida por el sujeto, lleva a una fuerte fisura en el cuerpo social.

En resumen, este ensayo parte desde la caracterización teórica de los conceptos de una forma distinta de hacer democracia, con el fin de analizar las formas de segregación y anulación del otro, así como el triunfo de la hegemonía; pero, sobre todo, de encontrar un pequeño resplandor de luz puesta en la mirada crítica de la filosofía y el psicoanálisis, las cuales han tenido poca o nula voz, aunque sus aportaciones hoy podrían generar un cúmulo de movimientos subversivos, revolucionarios y democráticos.

Lenguaje e ideología dominante en la construcción de la política

La política es un efecto, esto lo podemos sostener solo a partir del lenguaje, es decir, no podría existir política sin

lenguaje, la cual produce y reproduce las relaciones sociales, los modos de encuentro e intercambio con el otro, así como la lógica de los dispositivos económicos y democráticos de una sociedad. No se puede pensar que hay una *correcta* forma de hacer política, sino que esta es un efecto para estudiar, pues determina al sujeto social y su realidad.

Política y democracia son dos conceptos muy cercanos en las sociedades occidentales, desde la tradición griega en el siglo V antes de Cristo, hasta después de la Revolución francesa en 1789, derivado de los pensamientos ilustrados que llevaron a un Gobierno de las mayorías. La política democrática estaría enmarcada dentro del hacer valer la voz de las masas como un todo.

Sin embargo, la democracia como una forma de Gobierno como fue entendida por los atenienses o por los ilustrados siempre ha sido portador de un sesgo, por ello creer que existe *La democracia* —con el artículo *La* en mayúscula— es un error de lectura (Benítez, 2005), puesto que toda democracia se ve tejida por una lógica discursiva, es decir, toda democracia como un acontecimiento político está atravesada y delimitada por el lenguaje.

Es bien sabido que Platón, el filósofo griego, despreciaba a las democracias por considerarlas formas de Gobierno inferiores; razones tenía ya que su maestro Sócrates fue declarado culpable y sentenciado a muerte por un grupo parlamentario, es decir, por la democracia (Benítez, 2005).

El escritor de *La República* tenía la creencia de que el voto popular era un mal dañino, ya que sostiene que la democracia se ejerce por la ignorancia y prejuicios de un pequeño grupo que han sido precedidos por el régimen oligárquico y, como tal, sus deseos son los de mantener los placeres y estilos de vida que sus antiguos gobernantes tenían (*La República*, 557a).

Lo anterior es diferente del Gobierno del sabio filósofo rey —como apuntaba el proyecto de Gobierno que casi le cuesta la vida—, sino que la democracia pone en manos de ciertos representantes lo que es justo o injusto, deseado o indeseado, no en la razón (*La República*, 473d). Platón cree que la democracia tendría como único objetivo favorecer al mismo mal Gobierno, lo que mete a la polis en un círculo vicioso de un pueblo desfavorecido y enojado que eventualmente llegaría a la rebeldía, luego a tomar el control del Gobierno, posteriormente a establecerse una nueva tiranía para volver a empezar.

A esto se le pueden sumar investigaciones como la de Yascha Mounk (2018), quien en su libro *El pueblo contra la democracia* opina cómo esta forma de Gobierno ha sido instituida como un todo sin derechos, en la cual se contrarían entre distintas formas de gobernarse, pero todos reducen al sujeto a una masa llamada *pueblo*. Esta denominación permite a los gobernantes no interesarse mucho más que por hacer uso del Gobierno para sus propios fines, pues en ese momento queda anulada la existencia del otro.

Para este pensador, tanto los sistemas democráticos liberales, como los populistas tienen el mismo modelo de forma estructural, mas sus modos de operación son los que varían entre uno y el otro (Mounk, 2018, pp. 48-50).

Tanto la postura de Platón hace más de dos milenios, como la de Mounk que data de nuestra década, se circunscriben dentro de lo que Louis Althusser llamó apenas en los sesenta como *ideología*. Cualquiera se podría hacer la cuestión: ¿cómo opera la democracia hoy en día bajo estos sesgos que desde *La República* el buen Platón diagnostica-ba?, es decir, ¿es válido seguir pensando en democracia? O, también, ¿es posible replantear otra manera de hacer democracia?

Lo que se reproduce, pensando un poco con Althusser, no es el modo en que se ejerce el sistema democrático de Gobierno, sino la estructura general de ese modo, es decir, la ideología, la cual no es sino el sistema de discurso y lenguaje.

En un orden jerárquico se partiría del lenguaje como un sistema general de símbolos, signos y significantes. Dentro del lenguaje está la ideología como un conjunto de normas que regulan la división de clases y el mantenimiento del sistema hegemónico reinante (Althusser, 2019, pp. 55). Finalmente, contenido a la ideología está el discurso que, entendido desde la postura de Michel Foucault (2005), es un texto abstracto que reproduce prácticas cotidianas que delimitan los actos en los cuerpos sociales y políticos.

Lo que aquí interesa es el lugar que tiene la ideología, ya que, para la tradición marxista es un concepto central, en tanto que está relacionada a las actividades materiales y comerciales, con el lenguaje de la vida real. Ante ello Engels y Marx en *La ideología alemana* de 1845 mencionan: «Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento material» (1974, pp. 25-26).

Para los marxistas, la ideología está en la relación entre infraestructura y superestructura que a su vez establecen la economía de una sociedad, es decir, economía y política están en un correlato. En primer lugar, la infraestructura está compuesta por los modos de producción, las relaciones sociales, los medios físicos y las fuerzas productivas, todo aquello que concebimos como realidad (Althusser, 2019, pp. 62). Entonces, las formas en las que una sociedad se organiza materialmente, como las clases sociales, existen a partir de diferenciaciones en la infraestructura.

Sobre esta actúa la superestructura compuesta por fenómenos ideológicos —que incluyen los marcos culturales y

político-jurídicos, es decir, en este nivel se dan las normas, regulaciones y leyes de Estado—, de modo que todos los elementos funcionen *ad hoc* de sus necesidades. Por esa razón, Marx (1985), se cuestiona por qué el dominado no puede dar cuenta de la realidad y se encuentra con algo interesante: la ideología del dominante invierte el discurso para que no exista la conciencia de clase: «En toda ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico» (1974, p. 25).

Por tal motivo, los integrantes de una sociedad no saben lo que piensan, sino que son pensados por la ideología, lo cual es una de las mayores aportaciones de Lacan al paradigma marxista que retoma Althusser. Para Lacan, el inconsciente está estructurado como un lenguaje (Lacan, 2014), esto no quiere decir que cada uno tenga su propio inconsciente y lenguaje, sino que se delimita a partir de una cadena de relaciones ahistóricas y asincrónicas, por ello el lenguaje no tiene fecha de inicio, al delimitar lo que uno piensa. La ideología como parte del lenguaje estructura una historia de cómo los sujetos políticos se relacionan entre sí.

Althusser retoma a Lacan justamente, pues si esto es así, los sujetos en el marco de la ideología ya saben en dónde colocarse de manera inconsciente «con las tareas que les fija la estructura social» (2019, p. 55). Pensemos que la vida política en Latinoamérica está delimitada no solo por lo que acontece en el siglo XXI, sino por toda una historia que viene desde épocas precolombinas, donde siempre hubo una diferencia entre clases altas y guerreras, entre culturas dominantes como la mexicana y dominadas como la *tlaxcalteca*. Vale decir que, los modos de pensamiento, de acondiciona-

miento y de adaptación del sujeto en su vida política tienen estructuración desde tiempos antiguos y las historias de las sociedades están escritas a partir de estructuras ideológicas.

Estos elementos históricos no quedan grabados en el libro de texto y olvidados, como se puede creer, sino que se reproducen en el lenguaje a partir de la ideología. La llegada de los peninsulares católicos trajo consigo una forma nueva de reproducir la ideología. La diferencia entre hombres y mujeres, la segmentación de los homosexuales o el uso desmedido de la clase baja con fines de enriquecimiento de la burguesía se convirtió en la vida normal. La ideología no tiene historia, porque estructuralmente se reproduce como un texto a repetir un sinnúmero de veces a lo largo de la historia material de la humanidad. Para esta nueva forma de ver a la ideología se puede plantear que es esta la realidad.

La idea de Platón, aunque no se comparta la radicalidad del desprecio a la democracia, no es descabellada, pues la ideología dominaría sobre los actores políticos. Imposible pensar que ellos muevan a la ideología, ningún hombre o mujer puede ser dueño del lenguaje, sino que más bien ellos son movidos por sus reglas.

El sujeto y la otredad en los marcos de la ideología

El efecto del lenguaje es el sujeto y todo sujeto estaría siempre en relación con la otredad. No se podría pensar en un sujeto aislado, individual y ajeno a todo, en tanto que el lenguaje necesita de al menos dos para relacionar sujetos. Ahora bien, la ideología dominante como estructura general determina la forma en la que inconscientemente alguien se nombra, se observa o se categoriza. Todo acto aparentemente individual está solo en relación con la ideología y

su funcionalidad dentro del sistema donde siempre está incluido el otro.

De esta forma la ideología es capaz de hacer que las prácticas sociales de cada individuo estén íntimamente relacionadas con lo necesario para el funcionamiento del sistema, puesto que estas prácticas individuales justifican las conductas, las políticas y la realidad en general. Dicho de otro modo, el sujeto representa a la ideología en su condición de existencia, al firmar *de facto* un contrato de acuerdo con la clase dominante. Rousseau pensaba en *El contrato social* que el contrato, para ser incluido en la sociedad, es la adaptación radical a la ideología que llamamos dominante.

Si analizamos cómo se organiza la política actual, podemos ver que sigue existiendo una división de clases, aunque los discursos contemporáneos hagan parecer que ya no es así. Inconscientemente los sujetos se introducen en esa discursiva y asumen los lugares que se deben tener en la realidad social. La ideología siempre está presente y ejerce sobre la conciencia de los sujetos a quien se interpela, estos se suman a las filas de una u otra clase sin saberlo, al reproducir formas políticas que naturalizan la explotación y la dominación.

La lógica de la ideología actual es la separación del sujeto con el otro a partir del aspiracionismo y borramiento de la otredad, situación por demás ilógica, ya que siempre hay otro, muy a pesar de que se intente borrar. La propuesta lacaniana es que el sujeto solo se establece a partir de la relación de otredad, no sin ella (2006). No obstante, la forma discursiva dominante establece una manera de hacer democracia a partir del individualismo, así como la imposición de modos de existencia.

Entonces, ideológicamente los sujetos solo son acomodados en ciertas clases, sin poder observar las categorías

vivenciales que tiene el otro. Por decir, el *modus vivendi* que tiene un campesino del sur de México, en diferencia con los obreros de las zonas de Coahuila o Nuevo León, donde se cree que unos tienen más valor que otros, que unos aportan más a la economía del país que los otros, etcétera. Ambos personajes adoptan ese lugar en el mundo como una condición verdadera y única, al borrar al otro por considerarlo extraño.

Esto genera una brecha, sobre todo dentro de las clases media y baja, en las cuales el modo de discurso hace pensar que unos tienen más valor que otros, lo cual transforma ideológicamente al sujeto en un individuo *libre y autónomo*, dueño de su destino.

Pensemos que entre el campesino del sur y el obrero del norte, aunque económicamente pertenezcan a la misma clase, ideológicamente se marca una brecha que hace imposible su convivencia, y genera desprecio mutuo por creer que pertenecen a categorías diferentes. De ahí que se puedan escuchar comentarios que aluden hacia la superioridad del norte sobre el sur de México, cuando más bien ambos pertenecen al mismo conjunto.

A su vez, la idea de que en la actualidad la clase alta ya no tiene el dominio, también es una postura ideológica adoptada tanto por la izquierda, como por la derecha. Por un lado, la izquierda tiene una aparente cercanía con la clase baja, y la llama *pueblo*, como una masa orgánica carente de particularidad. Por el otro lado, la derecha es un tanto más coherente con los principios capitalistas que tradicionalmente sostienen, los cuales marcan la brecha dicotómica entre el individuo de espíritu libre e inversor, de los individuos carentes de voluntad.

Las dos posturas políticas están sostenidas a partir del mismo principio rector de la ideología. Si es cierto que la

ideología no tiene historia, tampoco tiene personas, solo sujetos que ocupan un personaje. La ideología soporta en todo caso su propia forma de producción y no a los grandes empresarios o políticos, como se puede creer, es decir, una de estas personas puede morir o dejar ese lugar, pero inmediatamente entrará otro más a ocupar ese lugar que ideológicamente se ha establecido.

Esto genera que ideológicamente se geste una separación con la otredad, la democracia establecida aquí como la brecha entre uno y otro es un efecto de la hegemonía, la cual parece que curte su historia desde la época clásica. La hegemonía reinante coloca a un sujeto que pretenda desanudarse totalmente del otro, al centrar todas sus energías en demostrar la diferencia con los demás, lo cual Lacan apuntaba como *una locura* (Eidelsztein, 2006, p. 85). Es una locura en tanto que, por regla general el sujeto no puede prescindir del otro y está siempre en una mixtura, empero, el discurso capitalista tiene como categórico el *todo vale*, en tanto que uno puede hacer uso del cuerpo del otro, explotarlo, romperlo y usarlo con tal de conseguir los propios fines, lejos de eso, el otro no tiene valor.

Si bien es cierto que el sujeto no puede prescindir del otro, en la locura se toma como verdadero que uno es un individuo y puede mantenerse bajo el ideal de la Ilustración, bajo el nombre de la libertad y el individualismo económico. Este planteamiento nos lleva a una democracia con opiniones sesgadas que permite la compra de votos, el engaño, el uso del cuerpo del otro para alcanzar los objetivos políticos. Asimismo, la violencia no es radicalizada, sino pasiva, puesto que la segregación es parte del discurso, aceptada y tolerada.

Bajo la forma ideológica, si bien es posible introducir colectivos al universo democrático, tal como las legislaciones en las que se hace necesaria la participación de las mujeres

hasta llegar a 50% de los representantes, esta designación aparece como apartado ideológico y no como una categoría de relación entre sujetos. Es decir, los partidos políticos se esfuerzan lo más posible para «vencer» la brecha entre los sexos, y colocando cada vez más mujeres. No obstante, si para los partidos fuese posible, no pondrían a ninguna.

Así, la democracia —ideológicamente llamada igualitaria— funciona como un arma imaginaria, para mostrarse frente al *pueblo* —quien en este momento ha perdido toda distinción particular y más bien es tomado como una masa sin nombres— como una política plural y abierta. Sin embargo, no por incluir en apariencia a los grupos minoritarios significa que lo estén en realidad, es decir, la democracia se renueva en sus argumentos materiales, pero en el trasfondo ocurre el mismo movimiento político: *podemos involucrar a las mujeres porque eso es lo políticamente correcto y lo que a la larga nos hará ver como reformistas y progresistas*.

Estas aparentes inclusiones no resuelven los conflictos dentro de la sociedad, sino que preservan la democracia bajo la ideología hegemónica dominante, la cual conserva los estatutos necesarios para la reproducción. Así, los integrantes de la sociedad pueden darse por satisfechos ante los avances políticos, esto en un aspecto material —la infraestructura marxista— pero no en los aspectos ideológicos —la superestructura—.

Es cierto que en la sociedad posmoderna en la que vivimos es posible que existan nuevas formas de observar la realidad, colectivos que hacen su inclusión en los fines democráticos y políticos de los países latinoamericanos, tal como los grupos feministas o LGBTI+, pero al ser críticos podríamos pensar hasta dónde estos colectivos son reintroducidos en las prácticas políticas ideológicas que permiten la reproducción de la mismidad sistemática.

El problema no es la existencia de tales grupos, sino que son valuados por su peso político y social en el discurso hegemónico que sostiene a las democracias, es decir, no interesa María porque sea lesbiana, mixteca y de clase baja en busca de su desarrollo económico, sino por pertenecer a un grupo minoritario al que será políticamente correcto corresponderle con ayuda. Para ser más radical, estos grupos importan dentro del sistema hegemónico por el valor imaginario que den, es decir, como una imagen que permite que el mismo sistema ideológico se siga reproduciendo.

Importan las construcciones generales de los grupos, al darles a ellos una individualidad dentro de los grupos, pero no una caracterización o una particularidad como otro. Sonará bastante fuerte, incluso la izquierda ha participado para que estos movimientos ideológicos se establezcan haciendo creer que la democracia es la inclusión de las diferencias sin pensar en la radicalidad del entrelazamiento con el otro en su particularidad. Estos grupos minoritarios no interesan en lo absoluto como otredad, sino como individuos colectivos dentro de la hegemonía de poder. Esto es muy claro cuando su inclusión, por ejemplo, de la comunidad LGBTI+, celebra el *Pride Day* apoyada por un sinfín de marcas comerciales capitalistas. Estos grupos no tienen nada más por qué luchar, porque sus necesidades imaginarias han sido solventadas, mientras homosexuales, trans y otros siguen siendo asesinados en las calles de México, España y qué decir de los países de Oriente medio.

Con los colectivos feministas pasa algo similar, no obstante, la lucha parece más endurecida con el feminismo radical. Mientras la ideología las reabsorbe con supuestas políticas de igualdad, de derecho de género y demás, en el cual todos los reflectores se colocan en la lucha por el aborto, leyes por demás necesarias; pero es un debate absurdo puesto

que se trata de acontecimientos de salud pública y se hace creer a los individuos de la sociedad que ahí está la lucha. En la materialidad se siguen observando mujeres asesinadas a manos de hombres, un claro sistema discursivo discrepante.

No es poco común ver que, con el fin de sostener la decisión de la vida pública del país, los actores políticos salgan aparentando que pertenecen a los grupos. Este es el problema que encuentra Platón en las democracias y que hoy en día se puede observar, se puede expresar con todas sus letras, la voz del pueblo se sostiene a partir de fines ideológicos.

En ese sentido, la otredad queda borrada, pero no solo la otredad sino también el sujeto, al generar únicamente pactos individuales y de masas sin nombre. Por más que parezca que hay más inclusión, quizá se viva más exclusión que nunca, puesto que se pretenden resolver problemas para fines políticos, pero la voz de la otredad no tiene suficiente valor. Dicho de manera radical, hoy en día el excluido acepta su condición de vida, incluso la agradece por un intercambio de pequeños objetos de satisfacción imaginaria.

Democracia, otredad y revolución

La ideología impera sobre la democracia. Hay que pensar que la ideología es una superestructura capacitada del dominio del pensamiento; asimismo, la ideología no tiene historia, uno puede creer fácilmente que la democracia tiene sus propios límites ontológicos, es decir, que la democracia tiene un ser esencial capaz de reproducirse a sí misma como un todo.

Menudo problema, puesto que las teorías estructuralistas a partir de la inclusión de la lógica del significante de Lacan pueden pensar que no existe un ser y para decirlo categóricamente: *no hay ser de la democracia*. Si bien es

cierto, la ideología no tiene historia, no quiere decir que la democracia no la tenga, puesto que ideología y democracia no son sinónimos. El hecho de que la ideología no tenga historia es un indicador de que la estructura general será la misma, empero la democracia si se va moviendo a partir de la ideología y se adapta a los tiempos históricos para sostener el sistema o reactualizarlo. Por ello, es ilógico pensar que la democracia es un concepto neutral, toda democracia surge de movimientos políticos.

Si se requiere considerar una democracia diferente, quizá sea importante hacer valer a la diferencia en su radicalidad. ¿Qué quiere decir esto?, que la radicalidad hoy en día es imposible. Si bien existen movimientos como el feminista, el cual no es admitido en su radicalidad revolucionaria, sino solo en reentradas permitidas por la ideología dominante, al aludir a que las partes más revolucionarias *no son las formas democráticas, jurídicas y legales de manifestación*, es decir, que siempre que las luchas correspondan a una dialéctica entre individuo y masa es posible la inserción, pero si se trata de una relación entre *sujeto y otredad* encuentra el rechazo al ser peligroso para la superestructura. Bajo la idea de que hay una esencia de la democracia son toleradas ciertos acontecimientos, mientras los más radicales y revolucionarios son rechazados y rezagados, tanto como señalados como movimientos antidemocráticos.

En las sociedades actuales, tal como lo ha señalado Žižek (2021), se ha generado una especie de institucionalización de los modos de hacer democracia a partir de la identidad al sistema; por ejemplo, en las prácticas discursivas como el empleo remunerado del médico. El médico tiene que identificarse con su labor social, su modo de producción dentro del capitalismo y el pago que tenga que dar para poder tener una vida pública y política, al asumir el lugar que tiene en la cultura. Por otro lado, el obrero y el campesino también

deben estar identificados de ese lugar que ideológicamente ha sido señalado; tanto médico como obrero y campesino tienen funciones específicas que hoy siguen dentro de distintos espectros de injusticia, pero al modernizarse las viejas prácticas esclavistas, ahora estos personajes asumen el rol de manera pasiva e incluso jubilosa.

Los sistemas políticos y laborales aplauden la labor y el sacrificio de los trabajadores y de los grupos minoritarios, lo cual lleva a una nueva forma de segregación social, pero que anula la peligrosidad de una posible revolución. Por ejemplo, cuando suena en esta pandemia que «*los médicos son los héroes y hay que alabarlos*». Podemos decir que hay algo de verdad en tal afirmación, pero, ¿qué tanto sostiene la misma frase? La precariedad de los sistemas de salud de Latinoamérica y el sacrificio que debe pasar el personaje mítico del héroe, en el cual puede perder brazos y piernas para llegar a la gloria, puede morir con una flecha en el corazón como el Cid Campeador o morir en una cruz por los pecados del mundo. Lo mismo puede suceder en otros espacios, tal como la romantización del proletariado y la justificación de su explotación cuando decimos «ese boxeador viene desde abajo, trabajaba en un campo de maíz y le echó muchas ganas para poder estar en la cima del mundo».

Con estos argumentos se puede pensar el lugar que tiene la individualización en la implementación de la sociedad posmoderna, así como la fragmentación generada por la ideología puesto que este pensamiento implementado desde muchas fronteras —redes sociales, núcleos familiares, Gobiernos, medios educativos, etcétera— no permite la mixtura entre *sujeto* y *otro*, un lazo social en el que los conflictos del uno no son sin el otro. Por el contrario, se genera una brecha ideológica que radicaliza la diferencia entre el individuo y la masa.

Es importante pensar que la mixtura es la base de toda revolución democrática, muchas veces instaurada con violencia y radicalidad, pero que en la medida de lo posible tiende hacia un movimiento dialéctico y no a la simple reintroducción de algunos planteamientos que parezcan funcionales para el sistema social. La democracia generada de la ideología que aparece como poseedora de una esencia, de una norma única general y que se desinteresa por los movimientos dialécticos de la historia, así que no permitiría mixturas entre sujeto y otro, y el colectivismo.

Žižek (2021) asiente en que el feminismo con toda su radicalidad es capaz de traer al mapa central la antigua lucha de clases, que no basta con solo unas normas regulatorias en el senado o en la aprobación de leyes secundarias; sino en toda la peligrosidad del movimiento discursivo. El esloveno quizá piensa en una utopía traída por el movimiento, pero hay que observar una cosa que la ideología dominante parece ir un paso adelante y encuentra rendijas para perder el foco de la lucha revolucionaria democrática.

Por ejemplo, los profesores de Oaxaca en el ya lejano 2006, después de emprender movimientos subversivos democráticos, tachados por los medios de comunicación como poco éticos, amorales y desagradables, dieron un paso hacia atrás ya que el grueso de los dirigentes terminó incorporado en la vida política partidista y convencional, al olvidarse de los fines económicos, sociales y pedagógicos que los tenían levantados, lo que acabó con la lucha de ese momento. A estos se suma la opinión pública e incluso dentro de los mismos miembros revolucionarios que, al estar interpelados por la ideología terminan por juzgar como *malo* aquello que resulta desconocido, detuvieron todo intento de avance.

Si la democracia entonces no tiene una esencia, toda revolución es posible mientras pueda mantener un alto grado

de radicalidad y crítica hacia la ideología dominante, empero se corre el riesgo de que sea reincorporada a los mismos elementos conocidos que promueven el capitalismo y la ruptura con el otro. Solo podemos pensar en otro tipo de democracia con una incorporación radical de la otredad y anular la individualidad.

Conclusiones

Los fallos de las democracias latinoamericanas, como la corrupción, el rechazo, el odio y la separación, hoy están en factores ideológicos que plantean a la democracia como un ser inmóvil, donde los participantes son introducidos en fragmentos. Quizá y solo quizá, si se piensa un poco en lo imposible, la democracia tenga un sostén más abierto a partir de revoluciones radicales que permitan la crítica, el pensamiento y lo más importante, a la olvidada diada de *sujeto y otredad*.

Se han generado brechas entre individuos que no permiten el intercambio simbólico. Esto, parece que es el mayor de los problemas que encontraba Platón en *La República*, pues él no tiene dentro de sus categorías a la otredad, pero asimila que las cosas fallan en tanto elige un grupo pequeño que se ignora a sí mismo, a su historia y a los demás, en tanto que se elige ciegamente, sin razón y sin crítica.

No es posible plantearse hoy contra la democracia, tal como lo pensaba Platón, sino más bien, pensar en una democracia abierta a la crítica, sin temor y revolucionaria, aún si esto trae *de facto* un movimiento explosivo, inesperado y desconocido. Es necesaria una nueva democracia que intente dejar atrás el fantasma ideológico que por más de 2,000 años le ha perseguido.

REFERENCIAS

- Althusser, Louis (2019). *La filosofía como arma de la revolución*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Modernidad líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Benítez, Benita (2005). «La ciudadanía de la democracia ateniense», *Foro Interno*, no. 5, pp. 37-58.
- Eidelsztein, Alfredo (2006). *Estructuras clínicas a partir de Lacan*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Engels, Friedrich y Marx, Karl (1974). *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos.
- Foucault, Michel (2005). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Fábula.
- Lacan, Jacques (2006). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*. Buenos Aires: Paidós.
- (2014). *Seminario II: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Mouk, Yascha (2018). *El pueblo contra la democracia*. Barcelona: Paidós.
- Platón (2011). *La República*. Madrid: Gredos.
- Rousseau, Jean-Jacques (2007). *El contrato social*. Bogotá: El Aleph.
- Žižek, Slavoj. (2021). *La lucha de clases contra el clasismo*. Recuperado de <https://www.topia.com.ar/>